

# Plutarco Elías Calles en Espinazo\*

■ ■ J.R.M. Ávila\*\*

“¿Y en qué viene el Presidente? ¿A poco en el tren, revuelto con el montón de gente?”. “Claro que no. ¿Cómo crees que el señor Presidente va a venir en un tren como el que pasa por aquí, a vuelta de rueda, oliendo a orines y babeado por un cualquiera que se le recargue dormido?”. “¿Entonces, vendrá a caballo o en carretón?”. “¿Desde México? ¿Cómo se te ocurre? Si el viaje en tren es más largo que la cuaresma, ¿te imaginas cómo será en carretón o a caballo?”. “¿Va a llegar volando o qué?”.

Espinazo se encuentra a la expectativa desde hace varios días porque se ha esparcido la noticia de que hoy miércoles 8 de febrero de 1928 llegará el mandatario. Los habitantes se notan contentos porque nunca antes ha venido a este lugar un presidente. Saben que es gracias a Fidencio, que hace fama por los milagros que provoca a diario. Están gozosos por Espinazo y por él, porque piensan que apenas así lo respetarán los tan estudiados médicos, la aguerrida iglesia cristera y los laicos profesores del gobierno.

No, el presidente Plutarco Elías Calles no ha de llegar a pie, ni a caballo, ni en carretón, ni en cabriolé, ni en un tren común y corriente, mucho menos en avión, como se dice en son de burla. ¿Cómo va a ser así si apenas en mayo del año pasado, el gobierno de México recibió un tren tan lujoso que sólo es superado por el convoy del Papa Pío XI?

“Él tiene su propio tren, al que llaman Tren Olivo. Dicen que lo compró para traerse el cadáver de su esposa desde el otro lado hasta la Ciudad de México. Dizque es como una residencia que anda en rieles en la que el Presidente se reúne con sus achichincles,

ofrece banquetes, firma pactos y trabaja mientras anda de viaje entre ciudad y ciudad. Dizque lo mandó hacer en Chicago, una ciudad de Estados Unidos”. Ni hablar, quienes rodean al informador callan respetuosos, hasta da gusto platicar con alguien que sabe.

Los habitantes de Espinazo y sus alrededores llevan ya casi tres horas esperando y no hay señas de que el dichoso Tren Olivo aparezca. ¿Se habrán equivocado de fecha? ¿No se tratará de un engaño? Al menos no han tenido que soportar un día frío ni lluvioso, pero el cielo está despejado y arrecia el calor.

De repente se oye un ronco silbato y aparece una raya color verde sobre los rieles lejanos, que crece y crece hasta llegar convertido en el Tren Olivo a Estación Espinazo, donde esperan miles de personas con atuendos de todo tipo, y al frente Fidencio y sus ayudantes ataviados de blanco, como si se tratara de médicos y enfermeras de verdad. Como si con eso fuera suficiente para que Calles creyera en los dones de Fidencio.

\*\*\*

Se rumora que el Presidente viene a curarse de una enfermedad que tiene en algunas partes de la piel y no lo deja en paz. Nadie se pone de acuerdo respecto a qué enfermedad es porque no se nota a simple vista. Sobre todo, porque jamás anda despojado de traje y porque siempre se cubre hasta la garganta con camisas blancas de cuello redondeado. Como sólo anda descubierto de cabeza y manos, es difícil adivinar cuál es su padecimiento.

Hay quien asegura que se trata de herpes o erupciones y no abunda en detalles, aunque deja a quienes lo escuchan con un cierto escozor en la piel que los impulsa a rascarse con urgencia, discretamente. Hay quien jura que se ha infectado de lepra y tampoco dice más, pero el horror carcome hasta el cerebro de los oyentes y eso es difícil de rascar. No falta quien asegure que viene dañado de cuello, orejas y espalda

\* Fragmento del libro Fidencio, el Niño, por publicar en el Centro de Información de Historia Regional-Hacienda San Pedro de la UANL.

\*\* Autor de los libros Ave Fénix, Relámpagos que fueron y La Guerra Pérdida. Ha publicado en las revistas Entorno, Política del Noreste y A Lápiz de la UPN Unidad 19B de Guadalupe, N. L.; Entorno Universitario de la Preparatoria 16, Reforma Siglo XXI de la Preparatoria 3, Polifonías de la Preparatoria 9 y Conciencia Libre. Correo: jrmavila@yahoo.com.mx

y que, por añadidura, la hija padece de retraso mental. Tampoco falta quien diga que el hombre tiene principios de ataxia, que es una dolencia del cerebro, pero no agrega más. Por supuesto, para cada versión se urden sartas de rumores que nada aclaran y que no tienen para cuándo terminar. Todo queda en suposiciones y en lo único que se coincide es que viene a ser curado de “algo”.

Alrededor de las seis de la tarde, apenas descienden el Presidente, el gobernador de Nuevo León y un general que en poco tiempo aspirará a ser también presidente, la multitud entona el Himno Nacional y ya entusiasmado se sigue de largo con cánticos que aluden a las proezas de Fidencio. En medio de la algarabía, hay saludos y abrazos. Algunas personas devotas desearían que el recién llegado no saludara ni abrazara a su líder espiritual, pero nada dicen. Saben que no existe en el mundo algo o alguien capaz de vencer a su sanador, pero ningún cuidado está de más porque no se trata de un simple curandero, sino de la esperanza de miles de enfermos pendientes de alivio.

No hay tiempo para ver o hacer más, porque de inmediato los acompañantes del Presidente rodean a los protagonistas del día y forman un escudo a su alrededor. Y es así como se trasladan hasta el nuevo consultorio de Fidencio, acondicionado en la casa de su padre adoptivo, el excoronel villista, con quien hace poco se ha reconciliado y administra las actividades del ahora disfrazado de médico.

Las vallas humanas que recibieron al Presidente ya se han deshecho. Cada quien toma el rumbo que mejor le acomoda. Pero esto no dura mucho tiempo ya que reaparecen casi de inmediato Fidencio y el presidente Plutarco Elías Calles, que ya no viste su elegante traje, sino una túnica blanquísima como las que el curandero acostumbra usar a diario.

La multitud que se iba disgregando regresa y empiezan los gritos de “¡Viva el Presidente Calles!”, alternándose con los de “¡Viva el Niño Fidencio!”. Curiosamente alguien dice con voz apagada “¡Viva Cristo Rey!”, y de inmediato es acallado por los acompañantes del Presidente, por lo que sólo se siguen alternando los primeros dos vítores. Una sonrisa resplandece bajo los bigotes despuntados del mandatario.

Ambos hombres vuelven a desaparecer en el consultorio y ya no queda duda. El Presidente ha venido hasta Espinazo a curarse, a ponerse en manos del Niño. Nadie sabe para cuál de los dos representa mayor honor.

\*\*\*

Como la curación se lleva a cabo a puertas cerradas y el Estado Mayor Presidencial ha prohibido sacar fotografías, hay varias versiones de lo que sucede dentro del consultorio. Sea lo que sea lo que viene a curarse Plutarco Elías Calles, se le da un tratamiento especial, no en público sino en privado. Nada de mecerlo en columpios, operarlo con fillos de vidrios, embarrarle lodo o endilgarle sustos. Eso es para curar a montones de enfermos y el Presidente es una persona especial, con la cual hay que tener consideraciones, no vaya a ser que sienta que se le pone en ridículo, con tanto poder a la mano.

Se rumora que, en primer lugar, Fidencio le ha ofrecido un bebedizo elaborado con rosas de Castilla machacadas en miel de abeja. Se afirma que no es con esto con lo que terminará curado, sino que es apenas para calmarlo, para que desaparezcan los síntomas de ansiedad que tanto ha reprimido, porque el hombre viene arrastrado por un remolino de emociones desde que la esposa falleció. Claro que lo primero por dominar es su renuencia para probarlo al menos, lo cual consigue, no sin antes hacer gestos como si fuera un niño.

En segundo lugar, se dice que Fidencio, previo desalojo de las personas que los acompañan en el consultorio, le pide que se desnude para ver qué partes del cuerpo deben ser intervenidas. Lo difícil es el pudor de desnudarse ante el curandero, que no deja de ser una persona extraña por el lado que se le busque. Pero el Presidente acaba desnudo y untado con una pomada que, según Fidencio, está hecha con tomate y jabón.

Mientras le unta la pomada, le explica que hay que hacer que la sangre circule hacia las partes afectadas, para que haga lo suyo, ataque el mal y lo desaloje del cuerpo. Cuando termina de untar, lo pone de pie, aún desnudo, y mientras lo venda, el Presidente le confía: “Usted es el único que me dice la verdad de lo que tengo”. Fidencio sonríe, mas no contesta. Al terminar de vendarlo, pide al hombre que se vista la túnica de la que se había despojado.

Hay todavía una tercera versión. El curandero le pide desnudarse, como en la segunda versión, una vez vencida la renuencia y el pudor del hombre, toma un frasco que contiene miel de abeja. El Presidente sonríe: “¿Miel de abeja? ¿No terminaré empalagado en lugar de curarme?”. Fidencio sonríe ante lo que escucha, se acerca, mete la mano derecha en el frasco y se dispone a untar las partes afectadas, por lo que el hombre retrocede y dice: “He viajado desde muy lejos como para que nada más me unte miel”, ante lo que Fidencio, con su sonrisa acostumbrada, prosigue untando.

Cuando termina, pide que lo espere, que no tarda. “¿Me pongo la túnica?”. “No. Hasta que yo regrese, para que no se despegue la miel”. “Entonces cierre bien, para que nadie entre”, dice el Presidente. Una vez afuera, Fidencio echa llave a la puerta.

\*\*\*

En ese espacio tan reducido, el Presidente se le pasa encerrado por horas. Nada más él sabe qué pensamientos lo rondan en la espera. Por fortuna para su desnudez, el día no es frío, a pesar de que ya se ha ocultado el sol, además de que en el consultorio no hay resquicios por donde se perciba la intemperie ni se cuele mirada curiosa alguna. ¿Cuánto tiempo tiene de no encontrarse a solas, sin urgencias políticas? No puede recordarlo, pero al parecer el remedio trabaja bien, porque se siente a gusto esperando.

En tanto, mientras la curación hace efecto en el Presidente, Fidencio sigue curando de manera excepcional, atendiendo pacientes a deshoras. El excoronel se asoma de vez en cuando a ver si el muchacho suspende cuanto hace para continuar con el gran encerrado. Pero no se atreve porque lo ve concentrado en curaciones que no parecen sencillas. Tan pronto desaloja el mal de una herida infectada

como opera de lo que parece ser un tumor o extrae una muela que apuñalaba desde hace tiempo a una paciente. El tiempo avanza y el atuendo de médico va quedando manchado como si se tratara de un delantal de carnicero. Habrá de cambiarse el atuendo antes de proseguir con el Presidente, que espera a solas y no ha dado señales de impaciencia.

Los acompañantes se ven nerviosos. Suponían que la visita sería de una o dos horas cuando mucho y pasan tres y pasan cuatro y todo sigue como si Fidencio acabara de salir del consultorio. El gobernador de Nuevo León se pone de pie, susurra algo al oído del excoronel villista y éste le responde en voz baja, pero según los ademanes que se le ven, parece que falta mucho todavía o que sólo Fidencio puede saberlo. No obstante, el gobernador presiona para que el proceso se acelere y el otro asiente muy serio.

Enrique no se mueve de su lugar cuando lo dejan solo. Pasa casi media hora para que se decida a interrumpir a Fidencio, que lo pospone con un ademán, haciéndole ver que está ocupado, por lo que se retira a su lugar, desde donde no quiere ni voltear a ver hacia los políticos. No es cualquier cosa, porque sabe cómo se las gastan estos hombres, cuyo ejemplo mayor es el Presidente retenido en el consultorio.

Espera más de media hora y, al ver que Fidencio termina una curación, cuando apenas va a preguntar por el paciente que sigue, se acerca y le dice: “Oye, ¿no te parece que ya pasó mucho tiempo?”. “Ya es noche, ¿verdad?”, contesta el otro viendo hacia el cielo estrellado. “No hablo de eso. El Presidente ya tiene mucho encerrado y tú no paras de curar a esta gente”. “¡Ah, se me olvidó!”, dice con una sonrisita inocente. Y así, sin cambiarse de atuendo, se encamina al consultorio para concluir la curación.